

Anselm M. ALBAREDA, *L'Abat Oliba fundador de Montserrat (971?-1046). Assaig biogràfic*, Nova edició, amb un pròleg de Josep Massot i Muntaner, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1972, 360 p.

Aparece esta reimpression con motivo del veinticinco aniversario de la entronización de la Virgen de Montserrat, y constituye el primer número de la "Biblioteca Abat Oliba", que pretende ser —con el tiempo— "una visión total de la cultura catalana". Con tal publicación del Cardenal Albareda, los editores desean confiar al público interesado por la historia monástica, un magnífico complemento de la recientemente reeditada *Historia de Montserrat* (en 1972, 5.<sup>a</sup> ed. revisada).

La obra de Albareda (1892-1966), monje de Montserrat, colaborador eficaz del Abad Marcet, Prefecto de la Biblioteca Vaticana, etc., fue publicada por primera vez en 1931. En la presente edición fotográfica se ha introducido un sólo cambio: "Oliba" por "Oliva", en el título general de la obra.

Oliba, bisnieto de Wilfredo el Velloso, fundador de la dinastía catalana, nació alrededor del 971, aunque la fecha no es segura (otros autores, discutidos por Albareda, sostienen que algo después). Fue conde, cargo que ejerció, pero no se sabe con exactitud si de la Cerdaña, Berga o Conflent. El año 1002 vistió el hábito benedictino en Ripoll, a los treinta y un años, es decir, en plena madurez y a sabiendas de lo que dejaba. En 1008 fue elegido Abad de Ripoll por el capítulo de la comunidad, libremente y sin presiones e imposiciones de los señores feudales: *acclamatione cunctorum fratrum*. Pocos meses después, en 1008, fue aclamado también abad de Cuixá (no en 1018 como sostiene Mabillon), cargo que simultaneó con el anterior. En el gobierno de los dos cenobios puso en práctica los consejos de San Benito: procurará ser más amado que temido: no hará acepción de personas; y aleccionará a los súbditos con su doctrina y con el ejemplo. Todo lo cual le valió siempre el cariño y respeto de sus monjes.

Diez años después fue consagrado obispo de Vich, designado por el Papa Juan XIII a petición del Conde Borell de Barcelona, pero perseveró en la austeridad monacal: *qui de prioris continentiae nihil rigore laxavit*, comenta la Encíclica Mortuoria. Como obispo cuidó directamente de la educación espiritual de los fieles, por la predicación y el ejemplo, sin abandonar el gobierno de sus monasterios. En 1023 se hace cargo



de algunas ermitas de Montserrat, y alrededor del 1027 funda allí un nuevo monasterio (como consta en la documentación preparada para la edición de *Sacra Cathaloniae antiquitatis Monumenta*).

Su actividad no se centró exclusivamente en el gobierno espiritual de los súbditos, o en la restauración del patrimonio de sus monasterios y de la diócesis de Vich. Fue un constructor tenaz, a cuya iniciativa debemos, entre otras edificaciones: la reconstrucción de la Seo de Manresa; la iglesia de Santa María de Ripoll (1032), joya del románico, que constaba de cinco naves y amplio crucero; la nueva catedral de Vich (1038?); y la cripta, claustro y edificios anexos de San Miguel de Cuixa, por citar algunas de las principales construcciones que abordó, sin olvidar el Monasterio y la Iglesia de Santa María de Montserrat (1036). La magnitud de tales edificaciones, algunas de 60 × 40 metros, nos pueden dar idea del vigor y fuerza temperamentales de Oliba.

El Abad fue, además, como pone de relieve Albareda, fino escritor —aunque de producción literaria escasa— y un gran impulsor de la cultura. Pero sin duda destacó especialmente como hombre de gobierno y pacificador de espíritus, como demuestra el hecho de ser el primer patrocinador de la *tregua Dei* (ca. 1027), antes, incluso, que el Concilio de Niza (1041).

La obra que comentamos es un relato biográfico, elaborado con todo el rigor histórico y fiel a las fuentes documentales; de fácil lectura y ameno. Por ello debemos saludar con alegría su reedición. La figura gigante del Abad Oliva se lo merece, y no dudamos en cantar —después de la lectura de la presente monografía— las excelencias de aquel gran eclesiástico, parafraseando el comienzo de uno de sus sermones más célebres y bellos:

“Exultet, igitur, Pontifex noster, clerus, simulque congaudeat populus universus; quoniam sicut Roma, quae caput et speculum est totius orbis, a Deo promeruit habere primum Apostolorum et Principem suae salvationis, Petrum; ita quoque *Cathalonia*, Doctorem suae salutis, florem Paradisi, promeruit habere, *Olibatem*” (1).

J. I. SARANYANA

(1) Sermón pronunciado en Gerona, en 1038, en honor de San Narciso. Cfr. la versión original en PL., 142, 591-598 (en cursiva los términos sustituidos).